

CAPITULO V

Descripción de Honda y del camino que va desde esta ciudad a Bogotá.—La ascensión de la Cordillera.—Guaduas.—Los pájaros mosca.—Billeta (Villeta). — Facatativá. — Llegada a Bogotá.

Honda, capital de la provincia de Mariquita, está emplazada a la izquierda del Magdalena, en un valle rodeado de montañas que forman parte de la cadena central de los Andes; aunque, según los cálculos de Humboldt, está situada a 160 metros sobre el nivel del mar, el calor es tan sofocante como en La Costa. Debido a varios terremotos, cuyos efectos todavía se advierten por las ruinas de las casas principales y de los edificios públicos, la población ha disminuído considerablemente y cuando pasé por allí no era más que de unas 2.000 almas; sin embargo tiene todavía gran importancia desde el punto de vista comercial y debido a su ventajosa situación en el punto en que el Magdalena deja de ser navegable para toda clase de embarcaciones con excepción de las piraguas, sirve de depósito para los productos de las regiones altas destinados a la exportación y para los de fabricación extranjera que suben por el río con destino a la provincia de Bogotá y a una parte de las otras provincias situadas más allá, entre otras la de Popayán. Las múltiples operaciones que exige en Honda la continua carga y descarga de las mercancías y su reexpedición bien sea por vía terrestre o fluvial dan trabajo a una gran parte de la población y los comerciantes establecidos en ella son también los representantes y factores de las casas de comercio radicadas en otras regiones distantes. La clase de negocios que suelen hacerse en Honda da a la ciudad en determinadas horas una gran animación; para las personas que no busquen más que diversiones esta ciudad está lejos de ser un lugar de

delicias, sobre todo para los viajeros a quienes sus relaciones comerciales o sus amistades no les hayan conseguido una hospitalidad más o menos parecida a la que se me deparó a mí, pues, como hosterías, no encontrará más que unos figones donde la comida es detestable y las habitaciones inmundas, amén de la casi absoluta seguridad de encontrarse en ellos con gentes ordinarias y de baja extracción, dedicadas a las operaciones del tránsito de las mercancías y carecerá, además, de toda distracción, fuera de la que les proporcionen los asuntos que tengan en la ciudad, que no ofrece curiosidad alguna, como tampoco los alrededores; no hay teatro ni establecimientos públicos donde se puedan pasar las veladas, no hay más recurso que ir a las tertulias o reuniones que se celebran en algunas tiendas donde se charla y se fuma. Estas tiendas convertidas en centros de reunión, suelen ser por lo general almacenes en los que debido a la incuria que caracteriza a los habitantes de los países cálidos, están amontonadas sin orden ni concierto las mercancías provenientes de Europa, con las petacas de tabaco, las velas, las carnes saladas y todas las demás vituallas que suelen constituir los cargamentos y aprovisionamientos de los champanes. En medio de ese conjunto de cosas tan heterogéneas, y que exhalan olores nauseabundos, pululan insectos dañinos como cucarachas, escorpiones, etc., especies a cuya multiplicación contribuyen tanto la suciedad como el calor.

Después de seis días de vida tranquila, que tanto necesitaba para reponerme de las fatigas y privaciones que padecí durante la navegación por el Magdalena, los señores Daste y Vincendon, que como más expertos y conocedores del país se habían encargado también de preparar el viaje hasta Bogotá, vinieron a verme para decirme que todo estaba listo para la marcha y con verdadero sentimiento me despedí de las personas excelentes, que durante la generosa hospitalidad que me otorgaron no cesaron de prodigarme todos los cuidados, todas las atenciones posibles e imaginables. Me encantaría, si aún viven, ver en estas páginas la expresión de mi gratitud y el buen recuerdo que conservo de ellas.

Al salir de Honda para tomar el camino de Bogotá hay que pasar en barca a la otra orilla del Magdalena donde hay una aldehuela cuyos habitantes se dedican a alquilar caballos y mulas para el servicio de los viajeros y el transporte de fardos; las bestias que requería la caravana de que formaba parte, es-

taban ya cargadas o esperaban a los jinetes cuando llegué a las siete de la mañana; en seguida nos pusimos en camino dejando atrás las bestias de carga, que a juzgar por la lentitud de su paso, de habernos precedido, no hubieran hecho más que retardar nuestra marcha.

Honda dista de Bogotá de 23 a 24 leguas de las que unas 14 o 15 se recorren por entre las montañas y el resto por el llano. Durante el verano, es decir, en la época de la sequía, se suele recorrer esa distancia en dos o tres días y en invierno, es decir en la época de las lluvias, se necesitan esfuerzos sobrehumanos para no emplear el doble.

El camino hasta la meseta de Bogotá, salvo en algunos sitios desprovistos de árboles, que ofrecen ciertos vallecillos habitados, no es más que una senda trazada a través de bosques, en la que se acumulan todos los obstáculos susceptibles de hacer el tránsito difícil y peligroso.

Se comprenderá fácilmente que en ese viaje en el que se asciende de 160 hasta 1.400 metros sobre el nivel del mar, el viajero habrá de pasar en un mismo día por temperaturas diferentes según la mayor o menor altura de las regiones; también en ese mismo espacio de tiempo le será dado contemplar el espectáculo extraordinario de ver escalonarse ante él, como consecuencia de las variaciones de clima, casi todas las especies del reino vegetal de la Nueva Granada, desde las que crecen sólo en las llanuras húmedas y ardientes de la zona tórrida, hasta las que son propias exclusivamente de las regiones nórdicas. Aquí, lo mismo que en las márgenes del Magdalena, todas se apretujan en fantástica confusión y casi todos los ejemplares causan admiración por la belleza de sus formas y por sus proporciones colosales. La potencia vital es tanta, hasta en aquellas regiones de la Cordillera que están situadas en el mismo ecuador, que todavía se encuentran en ellas encinas enormes a 1.635 metros y pinos a más de 2.000, es decir casi a la misma altitud de las cimas nevadas del Monte Blanco.

Después de haber seguido durante algún tiempo por la margen derecha del Magdalena por entre los tallares de los bordes de la selva y a veces por terrenos erizados de rocas que forman las crestas de acantilados cortados a pico sobre el río, nos adentramos por los contrafuertes de las montañas escalándolos y volviéndolos a bajar; en algunas hondonadas a donde iban a parar muchos arroyos, tuvimos que atravesar algunos pan-

tanos en los que puede uno atollarse, en forma tal, que no es posible salir, si una mano caritativa no tiende una pértiga o una cuerda.

Al cabo de una hora u hora y media, llegado que hubimos a un sitio en que los bosques espesos que acabábamos de atravesar dejan espacio libre y despejado, se ofreció a nuestra vista un panorama magnífico y de una extensión inmensa: se descubría todo el valle de la provincia de Mariquita que muestra en el horizonte la línea de montañas que le enmarca en la que se destacan por la blancura de sus casas, varias ciudades, entre otras las de Mariquita y Honda, más próximas a nosotros. El efecto pintoresco del paisaje estaba además embellecido por el Magdalena cuyas aguas, unas veces unidas y otras cortadas por innumerables islas, serpenteaban como cintas de plata entre la exuberante vegetación que ya he descrito y relumbaban a los rayos de un sol radiante en una atmósfera límpida.

Al salir de este sitio, volvimos a entrar en los bosques y después de una nueva serie de subidas y bajadas por laderas escarpadas tuvimos que vadear un torrente ancho que se llama río Seco que en aquel momento justificaba su nombre por su escaso caudal, pero que en la estación de lluvias viene tan crecido que sólo se puede pasar a nado bien sea a caballo, bien detrás de éste, agarrado a la cola. Una vez que tuve que pasar de nuevo este torrente, venía tan crecido, que en lugar de emplear una de estas dos maneras para atravesarle preferí esperar en una mísera cabaña que había cerca de la orilla, por espacio de veinticuatro horas, a que bajasen las aguas lo suficiente para que mi mula pudiese aventurarse en ellas sin perder pie.

Un poco más allá nos detuvimos por espacio de media hora en una venta que no tenía mal aspecto para lo que se acostumbra en el país, y donde, mientras nuestras cabalgaduras comían unas cuantas brazadas de hierba, almorzamos uno de esos platos nacionales, una especie de guiso de cordero con habos y patatas que llaman *ajiaco* hecho con manteca de cerdo en el que predominaban el pimiento y la cebolla pero que nos pareció delicioso teniendo en cuenta la necesidad de restaurar nuestras fuerzas. Como las cucharas y los tenedores que nos dieron eran de hierro y de una factura tan tosca que casi resultaban repugnantes, me tomé la libertad de preguntar a la patrona, ya que su tienda parecía tener mucha clientela y que

a veces figuraría entre ésta algún personaje, si no tendría otros utensilios un poco mejores; recuerdo que me contestó, dando un suspiro, que en efecto hasta hacía poco tenía cubiertos y vasos de plata pero que unos oficiales que se habían alojado en su casa no hacía mucho, se los llevaron al marcharse. Quise persuadirme a mí mismo de que semejante empréstito forzoso no podía ser uno de los rasgos característicos de los oficiales colombianos sino, todo lo más, de alguno de graduación subalterna.

En cuanto salimos de la venta, tuvimos que escalar la montaña llamada del Sargento, escalamiento que duró varias horas; esta parte del camino fue mucho más penosa que la que anduvimos desde el principio de la jornada. En efecto unas veces teníamos que trepar por verdaderas escaleras monstruosas, cortadas en la roca, bordeando espantosos precipicios que más de un viajero no puede medir con la vista sin experimentar grandísima emoción o palidecer, a menos de tener los nervios muy bien templados; además, a cada brinco que en esos pasos daban nuestras cabalgaduras para pasar uno de esos escalones, corríamos el riesgo si perdíamos el equilibrio o si no nos sujetábamos a tiempo a la cabeza de la silla, de salir disparados por las orejas o por la grupa del animal; otras veces, en los sitios en que el piso era arcilloso o estaba lleno de hoyos, teníamos que pasar por una especie de escaleras llamadas **empalizadas** hechas con troncos colocados transversalmente en el camino, pero que como no estaban ni juntos ni bien metidos en la tierra, dejaban entre uno y otros intersticios en los que a cada paso metían las patas los animales; aquí había que caminar por una torrentera abierta por las aguas lluvias, en la que chapoteábamos en el barro al escurrirnos sobre los cantos rodados; allá nos encontrábamos con el paso obstruido por un derrumbe de tierras que formaba una masa confusa de pedazos de roca y de árboles arrancados de raíz, caos en medio del cual, ante la imposibilidad de rodearlo, no teníamos más remedio que aventurarnos, **velis nolis**, bien fuera echando pie a tierra y llevando de la brida a la mula, bien confiados al instinto verdaderamente maravilloso que tienen esos animales para escoger los pasos menos peligrosos sin ayuda del jinete; en esos momentos el querer llevarlos por otro sitio del escogido por ellos, es exponerse a rodar por el suelo con el animal; cuando tienen que trepar o bajar por

Las rocas, primero las examinan para no poner las patas delanteras y luego las de atrás, más que en las oquedades de la piedra, hechas por los cascotes de los animales que han pasado antes y en las que pueden ponerse aplomo sin resbalarse antes de volver a subir o a bajar otro escalón. Si tienen que pasar una charca cenagosa no entrarán en ella sin explorarla antes con la cabeza baja, con la mirada y el olfato para evitar los hoyos profundos, las rocas o las plantas espinosas que pudiera haber ocultas bajo el agua. Por esta razón, en los pasos peligrosos los muleros lejos de pegarles, se limitan a animarlas con la voz y hasta a sostenerlas por la grupa cuando al subir de roca en roca parece que van a perder el equilibrio. Las dificultades que he descrito no son las únicas que ofrece el camino; de vez en cuando las ramas de los árboles que cruzan el camino nos obligaban, para evitar golpes con ellas, a echarnos sobre el cuello de las cabalgaduras y en algunos sitios el camino se estrecha tanto entre las montañas que cuando nos encontrábamos con viajeros o recuas de mulas que venían en sentido contrario, no siempre era posible evitar los choques. Así, en esos estrechos desfiladeros, los conductores de las recuas, para evitar los accidentes que suelen ocasionar esos percances, tienen la costumbre de dar unos gritos convenidos para advertirse de que hay que detenerse unos u otros en unos ensanchamientos que hay, de vez en cuando, en el camino hasta que éste queda libre.

Aunque no era novato en materia de viajes por las montañas ya que no hacía mucho tiempo que había recorrido en invierno a pie y a caballo los Alpes y los Pirineos y que ya sabía por experiencia lo que son los caminos malos y peligrosos, sin embargo, nunca en mi vida había visto otros tan espantosos como éstos antes de penetrar, como lo hacía ahora por vez primera, en la Cordillera; hasta he podido comprobar más tarde, al recorrer otras regiones de los Andes, que el paso del Sargento, que me espantó tanto, distaba mucho de reunir en punto a obstáculos y peligros todos los que el viajero debe afrontar en otras partes, obstáculos y peligros que en esas regiones montañosas se comprueban por el número de mulas muertas o a punto de morir, debido al cansancio o a la fractura de algún miembro.

Duraba ya nuestra ascensión al Sargento nada menos que cuatro horas, cuando llegamos a la esplanada que hay en su

punto más alto, que por la inscripción de un hito, supimos que estaba a una altura de 870 metros sobre el nivel del mar. Desde la cumbre de otra montaña bajamos a un gran valle en cuyo fondo vimos la ciudad de Guaduas en la que entramos hacia las seis de la tarde. Los caminos iban siendo menos malos y aunque anduvimos por espacio de diez horas en la primera etapa no habíamos recorrido desde Honda, en definitiva, más que cinco o seis leguas. En Guaduas teníamos reservado de antemano alojamiento puesto a nuestra disposición en una casa alquilada por un honorable ciudadano francés, el señor Pavajeau, que una o dos veces por año venía de Bogotá a pasar una temporada, y que encontrándose allí precisamente en ese momento, nos recibió con la mayor amabilidad. Los señores Vincendon y Daste, que por sus asuntos tenían mucha prisa en llegar a Bogotá, continuaron el viaje al día siguiente, con los obreros que habían traído de Francia; por mi parte como no la tenía tanta y animado por los insistentes requerimientos de mi huésped para que me quedase en su casa durante quince días, hasta su regreso de Bogotá, ofreciéndose después a acompañarme hasta el término de mi viaje, acepté con tanto gusto como agradecimiento sus generosas proposiciones; este fue el principio de una amistad que con el tiempo se fue haciendo más estrecha.

La ciudad de Guaduas era la capital del cantón de ese mismo nombre que está enclavado en la provincia de Bogotá; tenía entonces unos 1.500 habitantes. Ofrece un aspecto agradable pues sus calles son bastante anchas y bien trazadas, las fachadas de las casas están enjalbegadas y las ventanas tienen las rejas pintadas. Hay pocas casas de dos pisos, pero como ocupan una extensión bastante grande las habitaciones son espaciaosas; casi todas las casas tienen patios en la parte de atrás donde se dejan los caballos de silla y las mulas que se quiere tener a mano. Sin embargo, como no suelen tener corredores destinados al paso de esos animales, siempre que éstos tienen que entrar o salir no hay más remedio que soportar la incomodidad que implica su paso por la primera sala que sirve de lugar de reunión de las familias. En el centro de la ciudad hay una gran plaza cuadrada con una fuente en medio; los principales edificios están también en la plaza, entre ellos una iglesia de un gusto arquitectónico bastante bueno; cuando la visité tenía una parte en ruinas

debido sin duda a un terremoto y parecía como si nunca hubiera estado acabada de construir.

El valle en que está emplazada la ciudad, como su altura no excede de 647 metros, sobre el nivel del mar, disfruta de una temperatura que varía entre entre 18 y 26 grados centígrados; es uno de esos lugares a que se da el nombre de **tierra templada** y que dotado prodigamente por la naturaleza se ofrece prometedor para el que se contente con la vida de campo bajo un cielo clemente. Aparte de las frutas y legumbres de las zonas tropicales se dan también casi todas las hortalizas de Europa. Se producen sobre todo plátanos, naranjas, arroz, maíz, algodón, café y azúcar; éste, aunque elaborado en aquella época por procedimientos primitivos, era sin embargo de una calidad excelente y se exportaba en grandes cantidades a las regiones del interior, principalmente para el consumo de Bogotá. Con los campos cultivados alternan los prados naturales regados por arroyos de aguas cristallinas, a los que dan sombra grandes macizos de árboles siempre verdes, generalmente constituidos por sauces y enormes bambúes; los tallos tiernos de estos últimos se emplean, lo mismo que la caña de azúcar después de triturada, para pasto del ganado y además sirven de material para la construcción de las casas; probablemente este valle ha tomado su nombre de esos enormes bambúes, llamados **guaduas**, que tanto abundan en la comarca.

Para el europeo, que acaba de dejar las riberas del Magdalena, donde se ha acostumbrado a no ver más que negros y mulatos indolentes que viven en chozas miserables, constituye una sorpresa agradable volver a encontrar en Guaduas casas de aspecto limpio y gentes relativamente trabajadoras en las que domina el elemento blanco y en las que, en virtud de la ley de los contrastes, las mujeres con sus formas delicadas y gráciles se caracterizan especialmente por cierta elegancia en su porte y vestido; por desgracia muchas de ellas, lo mismo que los hombres, con los años suelen padecer de bocio.

No son sólo a los trabajos del campo a los que dedican sus actividades los habitantes de Guaduas; muchos de ellos se ocupan en la fabricación de cigarros y sombreros de paja; los cigarros se elaboran con el tabaco que se trae de la provincia de Ambalema y los sombreros llamados **cubanos**, por el estilo de los que en Francia se designan con el nombre de

panamás, se fabrican con una paja similar a la que en Cuba se emplea para esa industria.

Durante las dos semanas que estuve en Guaduas, disfruté recorriendo a caballo su valle risueño y fértil, al que todavía prestaba mayor encanto al tiempo magnífico que hacía, valle que para mí venía a realizar el ideal del de Tempe. Me detenía frecuentemente en las haciendas donde se fabrica el azúcar o en las que se cultivan los otros productos del suelo; en todas me recibían con el mayor agrado y lo único que deploraba era el ver emplear procedimientos de cultivo y de trabajo tan poco perfeccionados. Otro de mis paseos favoritos era un sitio que distaba de la ciudad hora y media al trote o al galope, donde uno de esos riachuelos que corren por el valle se precipita, formando una cascada de 30 a 40 pies, en un estanque donde las aguas recobran la tranquilidad, antes de seguir su curso. Solía ir a este sitio encantador con mi excelente huésped el señor Pavajeau y otras personas para bañarnos, pudiendo darnos el gusto de nadar hasta el pie mismo de la catarata.

En este valle y en los bosques que cubren las faldas de las montañas que lo rodean hay infinidad de preciosos pájaros e insectos; de aquí llevé en 1840 gran número de coleópteros y varios pájaros mosca que hasta entonces eran desconocidos o por lo menos muy raros en las colecciones de Francia; los pájaros mosca abundan tanto en Guaduas, que a veces les veía revolotear por centenares alrededor de un mismo naranjo en flor:

De peuple allé des airs brillante miniature
 Ou le ciel des couleurs épuisa la parure
 Et, pour tout dire enfin, le charmant colibri,
 Qui, de fleurs, de rosée et de vapeurs nourri,
 Jamais sur chaque tige un instant ne demeure,
 Glisse et ne pose pas, suce moins qu'il n'effleure:
 Phénomène léger, chef-d'oeuvre aérien,
 De qui la grace est tout et le corps presque rien.

(Delille, "Les Trois Regnes") (1)

-
1. Del pueblo alado de los aires brillante miniatura,
 en cuyo adorno el cielo agotó los colores
 y para decirlo de una vez, el colibri encantador

El pájaro mosca no vive únicamente en los países cálidos, como se cree por lo general, pues se ven muchos en los jardines de Bogotá y de Quito, donde la temperatura suele descender hasta cero grados. En relación con los coleópteros citaré el magnífico *callipogon* descrito por el señor Reiche en 1884 en el *Magazin de zoologie* de acuerdo con varios ejemplares que encontré en el camino que va de Guaduas al pueblo de San Juan, en dirección al Magdalena, frente de Ambalema.

Por desgracia esta región encantadora, sin insectos nocivos o peligrosos como en las zonas cálidas, no está del todo exenta de ellos; a pesar de la limpieza minuciosa de la casa, en mi habitación continuamente se encontraban escorpiones y cienpiés y esto me obligó, antes de acostarme a examinar detenidamente toda la cama y antes de vestirme por la mañana de volver la ropa al revés y de sacudirla antes de ponérmela, sobre todo los calcetines, pues ya en dos ocasiones descubrí en ellos alguno de esos horribles animalejos. Una vez en que me lamentaba, con algunas personas de la necesidad de estar siempre en guardia para defenderse de tales enemigos, el señor de la casa en que estaba de visita, antiguo vecino del lugar, se burló de mí, talvez con más fanfarfonería que convicción, asegurándome que mis temores, propios de un recién llegado, eran completamente infundados, pues a él sin tomar la menor precaución nunca le habían picado. Al decir esto se puso el sombrero para salir y de repente empezó a lanzar gritos de dolor: un escorpión que cayendo del fondo del sombrero le picó en la cabeza y luego en el dedo pulgar cuando cogió el sombrero por el ala para tirarlo al suelo. Ese mentís dado por la casualidad tan inmediatamente y de modo tan inesperado a aquella casi negación absoluta del escorpión me hizo reír mucho, tal vez más que a todas las otras personas que se hallaban presentes, puesto que me vengaba de las burlas de que fui objeto y hasta mi huésped a pesar del dolor que sentía, no pudo menos de tomar parte en la

que alimentándose de flores, de rocío y vapores
nunca se detiene en la rama,
no se posa, se desliza y más que chupar roza,
Fenómeno sutil, obra maestra aérea,
la gracia en él es todo y el cuerpo casi nada.

hilaridad general. Pero no escapó así como así: la cabeza y la mano no tardaron en inflamarse produciéndoles dolores atroces; tuvo fiebre durante dos días y experimentó cierta dificultad para hablar, como si la lengua se le hubiese paralizado; si mal no recuerdo creo que le curaron con compresas de hojas de tabaco o empapadas en el jugo de esas hojas.

Cuando pasé por Guaduas, no había allí ninguna posada; pero los extranjeros podían alojarse y hasta se les daba hospitalidad gratuita en casa de algunos vecinos; entre éstos, el que practicaba esa hospitalidad con más generosidad y frecuencia era uno de los principales terratenientes de la localidad, el señor Joaquín Acosta, que además de sus negocios como productor de café y azúcar ejercía las funciones de coronel de milicias, de juez político y director de correos del cantón. El primero que llegaba tenía un cubierto puesto en su mesa. Una habitación que no era más que una tienda abierta en la esquina de la casa que daba a la plaza y a la calle era el sitio en que, entre pilones de azúcar, hojas de tabaco para mascar, drogas e infinidad de menudencias, administraba paternalmente justicia y se ocupaba del servicio de correos; allí todas las mañanas se reunían los gacetilleros y los que no tenían nada que hacer en todo el día. No sé si el coronel Acosta, así se le llamaba, había estado casado y en la actualidad era viudo, pero vivía como un solterón, y la crónica del lugar, al elogiar sus cualidades, le atribuía una gran participación activa en el aumento de la población.

Casi inmediatamente después de salir de Guaduas, con mi nuevo compañero de viaje, el señor Pavajeau, empezamos a escalar la montaña hasta un sitio denominado el caizal que está a una altura de 750 metros sobre el nivel del mar, de donde bajamos sucesivamente a los valles de Chipauta y de Villeta, después de pasado, entre uno y otro, el cerro de Trigo, que lleva ese nombre porque está a una altitud en la que se empieza a cultivar este cereal. Hacia el medio día, llegamos al valle de Villeta, donde hacía un calor sofocante pues está muy encajonado y sólo a 583 metros sobre el nivel del mar. El pueblo de Villeta me pareció muy poco atractivo; no nos detuvimos más que el tiempo imprescindible para tomar un almuerzo modestísimo en una venta de mala muerte, buena a lo sumo para los arrieros. A un cuarto de hora del

pueblo vadeamos un torrente de cauce ancho y de corriente rápida cuyo fondo está constituido por enormes morrillos oscilantes en los que tropezaban las mulas cayéndose muchas veces y haciéndonos tomar una serie de baños que en rigor no hubieran venido mal si hubiera seguido el mismo calor, pero que en el estado lastimoso en que quedamos debían, como sucedió, provocar una sensación de frío muy desagradable, ya que, minutos después, entramos en una nueva región montañosa que teníamos que escalar y cuyas cimas eran dos veces más altas que las mayores que habíamos franqueado para llegar a Guaduas.

Entre los grandes árboles bajo los cuales pasamos en esta parte del camino, advertí que había muchos más de los que había visto, materialmente cargados de nidos en forma de pera alargada, que estaban sostenidos en unas ramas débiles por unos sostenes de mimbre que se balanceaban al soplo del viento. El pájaro que los construye y que se llama **muchilero** es decir el que hace bolsas, logra de ese modo poner a su nidada al amparo de los ataques de los monos que no se atreven a llegar hasta la punta de las ramas al sentir las doblegarse bajo su peso. Esos nidos tan singulares, de los que llevé varios a Francia, de cerca de un metro de largo, sólo tienen una abertura en la parte de abajo, un poco arriba del extremo más grueso.

Por fin llegamos a una gran altura en la que nos detuvimos cerca de una cabaña para que descansaran y comieran nuestras cabalgaduras. En ese sitio el panorama que nos rodeaba constituía para mí una escena hasta entonces nunca vista: mientras los rayos del sol, a través de una atmósfera límpida, nos calentaban y embellecían la naturaleza con su brillante colorido, veíamos a lo lejos, en el fondo de los valles a dos o tres mil pies por debajo de nosotros, vapores que se elevaban al principio en forma de humos ligeros que al extenderse poco a poco a lo largo de los flancos de las montañas se hacían cada vez más densos formando espesas nubes de aspecto siniestro para de pronto, al soplo impetuoso del viento descargar torrentes de agua sobre la tierra, entre el continuo retumbar del trueno y el fulgor de los relámpagos. La serenidad de la atmósfera que reinaba a nuestro alrededor en la cima de la montaña donde nos encontrábamos, contrastaba de modo tal con la ruina y la devastación originada por el huracán desencade-

nado a nuestros pies, que la contemplación que me tenía ab-sorto, se transmutó en meditación inefable; me identificaba con uno de esos felices privilegiados de la tierra que por su poderío, embriagados con los goces de la vida, contemplan, fuera de todo peligro cómo las miserias y la desolación se ceban en los desheredados de la fortuna. Sí, me decía, si se contempla fijamente este mundo sublunar, esta es la ley cruel que le rige.

Mais peut-etre au delá des bornes de sa sphere,
Lieux ou le vrai soleil éclaire d'autres cieux.

(Lamartine) (1)

Los que sufren en este mundo y los maltrechos de nuestra sociedad, cuando acudan al llamamiento del Dios de la verdadera justicia, ¿lograrán el olvido de sus angustias en una felicidad eterna? Estas divagaciones filósofo-poéticas iban a continuar sus ritmo cuando la voz de mi compañero me sacó de mis meditaciones, volviéndome a la vida real, en la que felizmente para mí no figuro ni entre los triunfadores ni entre los oprimidos.

Como no quiero volver a repetir lo dicho sobre el estado de los caminos, me limitaré a decir que al cabo de seis horas de marcha, siempre ascendente por desfiladeros abruptos y erizados de obstáculos más o menos parecidos a los anteriormente descritos, llegamos a la pequeña meseta del **Aserradero** a unos 1.000 metros sobre el nivel del mar, donde se une al camino de Honda que comunica más directamente la región manufacturera de tabaco de Ambalema con la capital.

Del Boquerón, por caminos de suave declive, llegamos en veinte minutos a Facatativá, ciudad pequeña que dista unas 9 leguas de Bogotá, donde pasamos la noche. La posada donde nos albergamos estaba muy descuidada; las ventanas de la habitación que me dieron no tenían cristales, sino unos pedazos de muselina ordinaria; durante la noche, a pesar del número de mantas que me eché encima, no pude dormir de frío y al levantarme me sentí postrado por un gran malestar y con cierta dificultad para respirar. Estos síntomas que yo experimentaba suelen ser frecuentes en los extranjeros y hasta en los

1. Pero tal vez más allá de los límites de su esfera,

Regiones donde el verdadero sol ilumina otros cielos.

mismos colombianos originarios de las tierras calientes, cuando llegan por vez primera a la meseta de Bogotá y muchos de ellos suelen verse atacados de tercianas que persisten hasta que se aclimatan.

Como no salimos de Facatativá al día siguiente sino a las diez de la mañana, tuve tiempo entre el desayuno y la hora de la partida para recorrer todas las calles de la ciudad; lo único que me llamó la atención fue la suciedad y el gentío, pues esta ciudad es punto obligado de detención de los viajeros y de las recuas de mulas que transportan las mercancías desde el Magdalena hasta Bogotá.

A pesar de estar al principio del verano, época en que el camino de Facatativá a la capital suele estar en buen estado, es decir no como en invierno, lleno de baches o convertido en un verdadero lodazal, tardamos unas nueve horas en hacer esta última parte del viaje; cierto que a la mitad del camino nos detuvimos una hora en una venta situada en el sitio llamado Cuatro Esquinas, en el que convergen cuatro caminos y que además nuestras mulas estaban rendidas de cansancio por el esfuerzo que requirió la jornada del día anterior; estos animales acostumbrados a andar al paso en los terrenos montañosos no cogen el trote más que a fuerza de espolazos y latigazos. Como si esto fuera poco, la mula que yo montaba nos hizo perder mucho tiempo con la manía que le dio de repente de dirigirse a todas las casas que encontrábamos en el camino y de querer meterse en ellas en cuanto veía una puerta abierta cualquiera que fuese su tamaño; tenía la boca tan dura que no obedecía al freno de modo que muchas veces, después de haber puesto en práctica todos mis conocimientos en el arte de la equitación tenía que acabar apeándome para no dar con la cabeza en el dintel de una puerta y sólo con ayuda de mi compañero de viaje y sobre todo con la de un palo, lograba convencer al maldito animal de que no debía manifestar deseos contrarios a los míos. En definitiva, íbamos tan despacio, que nos daba envidia de todos los jinetes que nos adelantaban caminando al paso rápido de sus cabalgaduras. Los únicos que no nos humillaban con su rápido andar eran los indios que, caminando a pie, llevaban a costas la carga. De éstos hubo alguno que me llamaron la atención por la manera ingeniosa de conducir los cerdos sin ayuda de perros; se hacían seguir de la piara llevando en la mano una sonaja en

la que habían echado granos de maíz que hacían resonar moviéndolos constantemente y echando de vez en cuando algunos en el suelo; de modo que los animales, atraídos de ese modo, iban detrás de esa escasa pitanza en espera de que alguna vez fuese más abundante.

He sabido que después de mi regreso a Francia se ha establecido un servicio de diligencias entre Facatativá y Bogotá.

Al recorrer la meseta de Bogotá, que mucha gente me había descrito como el Dorado, debo confesar que el aspecto de esta nueva región no provocó en mí más que un entusiasmo relativo; en vez de esos grandiosos paisajes integrados por perspectivas variadas y agradables, no veía más que una inmensa sabana enmarcada por una línea negra de montañas peladas sobre cuyas cimas se amontonaban nubes de aspecto siniestro; como árboles no se veían más de vez en cuando que algunos manzanos, albaricoques y sauces esparcidos entre las praderas, trigales y cuadros de hortalizas de reducidas dimensiones y mal cultivados; las casas, de aspecto lamentable, eran tan poco numerosas como los árboles; un cielo cubierto de nubes que dejaban pasar tímidamente los rayos del sol, daba a este conjunto un aspecto monótono y triste; finalmente el viento seco, al levantar el polvo, azotaba la cara y cortaba la piel. Fue pues con esta impresión poco favorable como llegué al sitio en que iba a vivir durante varios años.

Eran las seis de la tarde, hora en que el día empieza a declinar, las calles estaban silenciosas y todos los habitantes se habían detenido; los hombres se habían descubierto y hasta algunos se habían arrodillado, como las mujeres, mientras las campanas tocaban el ángelus; tomando parte en esta manifestación de general recogimiento el señor Pavajeau y yo detuvimos nuestras cabalgaduras y nos descubrimos hasta que las campanas dejaron de tañer.

Gracias a las cartas de recomendación que me habían precedido, no tuve que preocuparme de buscar alojamiento; el señor Pavajeau me llevó a una casa particular donde previamente se había reservado para mí una habitación amueblada y en la que nos esperaba la comida preparada para nosotros dos y para mis amigos los señores Daste y Vincendon que, prevenidos con anterioridad, no tardaron en reunirse con nosotros.